

el candidato de Rusia á la sucesión de Augusto II de Polonia. Mas como la princesa Isabel era, según pública fama, una muchacha guapa, inteligente y dominadora, la señora de Prie, que aspiraba á conservar su influencia después del casamiento del rey, supo manejarse de modo que aquella proposición fuese rechazada (1).

En el entretanto, un agente secreto, el señor Lozillieres, ex secretario de embajada en Turín, había recorrido Alemania, con el nombre de caballero de Meré, tomando y enviando á Versalles informes acerca de las princesas casaderas. Habíase presentado en el castillo de los Leczinski, en Wissemburgo, como artista que viajaba y allí había visto á la hija de Estanislao y redactado un informe sobre ella, ensalzando su fisonomía, su instrucción, su piedad, su caridad, su bondad y su excelente salud, promesa de fecundidad. Cierta que tenía siete años más que el rey; que no era bella; que, educada monásticamente, no tenía mundo; que era pobre, no estaba emparentada con grandes casas y carecía de representación en Europa; pero una razón movió sin duda al señor Duque y á la señora de Prie á preferirla, la de creer que podrían contar con el agradecimiento de aquella reina que les sería deudora de una corona tan hermosa y tan inesperada. Fleury, á lo que parece, negóse á dar su parecer sobre el matrimonio; pero el rey prestó su consentimiento en 2 de abril de 1725 sin mostrarse descontento ni tampoco entusiasmado.

En cuanto tuvieron noticia de la resolución adoptada, Leczinski y su hija se instalaron en Estrasburgo esperando allí la llegada de los embajadores extraordinarios, señores Antin y de Beauveau, delegados para pedir la mano de María, y el duque de Orleans que debía casarse con ella por procuración. La boda se celebró el día 15 de agosto en la catedral de Estrasburgo, adornada con tapices de la corona; la novia llevaba un vestido de brocado de plata y el duque de Orleans una capa de tela de oro. El cardenal de Rohán, obispo de aquella ciudad, que estaba radiante en medio de sus abades mitrados y de sus canónigos-condes Rohán, los obispos de Angers y de Blois, el primer presidente y el primer abogado general del parlamento de París, pronunciaron sendos discursos.

Después se encaminaron todos á Fontainebleau, en donde debía unirles el rey. María Leczinska, al llegar á Metz, recibió á los concejales, á la compañía de cadetes formada por jóvenes de familias ilustres, al parlamento y á diputaciones de toda clase; el Ayuntamiento ofrecióle cajas de mirabeles y de frambuesas, y los judíos le regalaron dos copas de plata dorada y un jarro de cristal de roca con piedras preciosas y la compararon con Esther, con Judith y con la reina de Sabá. El pueblo estaba entusiasmadísimo; las campanas habían sido echadas á vuelo, cantábanse *Tedums* y las calles lucían iluminaciones.

En las llanuras de Champaña el viaje se hizo triste y difícil; continuas lluvias habían estropeado los caminos y para repararlos, en los trozos por donde debía pasar

(1) En 21 de mayo de 1715, el conde de Morville escribió al ministro de Francia en San Petersburgo excusando á la corte por haber recaído en otra princesa la elección del rey, y alegando como causa de ello la diferencia de religión.

la reina, habíase recurrido á los labriegos; pero el agua al caer sobre la tierra remoyida, aun los había puesto en peor estado. En muchos sitios habíanse formado grandes baches y en varias ocasiones la reina creyó ahogarse; en una de ellas hubieron de sacarla de su carroza á fuerza de brazos. El marqués de Argensón, que la vió al pasar por Sezanne, refiere que los caballos estaban rendidos y que se echaba mano de los de los campesinos á diez leguas á la redonda, «pagándolos como se podía y no alimentándolos.» Un aldeano le dijo que «los suyos hacía tres días que no comían nada.»

El rey, desde Fontainebleau, salió al encuentro de la reina hasta Moret; y cuando ésta estuvo cerca, él bajó de su carroza; hizo ella lo propio y quiso arrodillarse ante el esposo, el cual no se lo consintió y besándola hízola subir de nuevo al carruaje y la condujo á palacio.

La elección de Luis XV había causado cierta sorpresa en Francia; pero las gracias modestas de la reina conquistaronle los corazones y durante algún tiempo María Leczinska fué popular, no obstante las amenazas de guerra que su matrimonio había determinado.

En efecto, la boda efectuóse en un momento propicio para dar autoridad á un aventurero llamado Riperdá, holandés que se había hecho español, protestante convertido al catolicismo, que representaba en Viena á la corte de Madrid y se había empeñado en engañar á los Alberoni. Había propuesto al emperador el matrimonio de las archiduquesas María Teresa y María Ana con Don Carlos y Don Felipe: el infante Fernando, decía, único hijo que quedaba á Felipe V de su primer matrimonio, gozaba de muy poca salud y no tardaría en morir, dejando el trono á Don Carlos; y si Carlos VI fallecía sin hijos varones, Carlos sería emperador y Felipe pasaría desde los ducados de Italia á Madrid. El emperador había acogido esas combinaciones con indiferencia y Riperdá había debido contentarse con proponerle un tratado de alianza defensiva; pero después de lo acontecido en Francia con la infanta, le ordenaron desde Madrid que á toda costa firmase un tratado.

Riperdá hizo á los imperiales ofrecimientos inverosímiles, llegando á hablar nada menos que de ayudarles á conquistar la Alsacia, los Tres Obispos, Borgoña y la Flandes. Austria, sin pensar si España estaba en condiciones de poder realizar aquel programa, consintió en firmar, en 30 de abril de 1725, un tratado de alianza defensiva y de comercio. Felipe V y Carlos VI renunciaban á sus pretensiones sobre sus Estados respectivos, y el primero reconocía y garantizaba una ley de sucesión ó *Pragmática sanción* publicada por Carlos VI en 1713 y por la cual el emperador pretendía transmitir su sucesión á su hija María Teresa, en detrimento de las hijas de su predecesor José I y violando las disposiciones de su padre que, en 1711, había jurado respetar. El rey de España, además, reconocía una compañía de comercio creada por el emperador en los Países Bajos, en Ostende, en 19 de diciembre de 1722, y abría todos sus puertos á los súbditos austriacos de los Países Bajos, en perjuicio de Inglaterra, de Holanda y de Francia. Y finalmente renunciaba á instalar de antemano á Don Carlos en Italia y á enviar guarniciones á los ducados, y se mostraba menos exi-



MARÍA LECZINSKA, ESPOSA DE LUIS XV DE FRANCIA

Cuadro de Carlos Andrés Van Loo, existente en el Museo Nacional del Louvre, París

gente con el emperador que con las potencias que poco antes habían intervenido entre éste y él. En cuanto á Carlos VI, reconocía los derechos de Don Carlos á la sucesión de los ducados de Parma y de Toscana, ofrecía á España su asistencia y su mediación para ayudarle á recuperar Gibraltar y Menorca, y prometía consentir en que «una de sus hijas» se casase con uno de los hijos del monarca español, pero reservándose el casar á su antojo á su hija mayor. Aunque de momento Felipe V sacaba muy escaso provecho del tratado, podía creerse, gracias al mismo, en situación de prescindir de los franceses, y estaba persuadido de que, en caso de estallar una guerra europea, Carlos VI le concedería los matrimonios con que seguía soñando Isabel Farnesio.

El tratado de Vieña no merecía la importancia que se le atribuyó, pues en el fondo era un engaño. Nadie tenía menos ganas de guerra que el emperador, y Riperdá habría quedado, sin duda, algo en ridículo, si no hubiese conseguido el objeto que por encima de todo perseguía, es decir, asegurar su fortuna personal. Efectivamente, fué duque y grande de España, y cuando reapareció en Madrid, ejerció gran influencia, así en la administración interior, como en la política extranjera.

Su acuerdo con el emperador dió como resultado concreto hacer comprender á Francia y á Inglaterra que una alianza austro-española podía poner en peligro su primacía política en Europa; por esto firmaron en 3 de septiembre de 1725, en Hannover, una contra alianza, en la que admitieron á Prusia como parte contratante y por la cual las tres potencias se comprometían á oponerse al matrimonio de don Carlos con una archiduquesa austriaca y al establecimiento de la Compañía de Ostende, y á mantener el equilibrio europeo. Un año después, Holanda se adhería á la liga de Hannover, quedando Europa dividida en dos campos; la guerra parecía entonces posible y la creación, en aquella fecha, de la milicia demuestra que se creía en esa posibilidad.

V.—*La desgracia del señor Duque (1726)*

Estos actos fueron los últimos del ministerio del señor Duque. Éste, que desde el primer día estaba vigilado de cerca y en todo cuanto hacía por Fleury, quiso apoyarse en la reina para resistir la malevolencia del viejo preceptor. María Leczinska, que sabía cuánto

quería Fleury al rey, vacilaba en intervenir en este asunto; pero, por otra parte, no quería aparecer ingrata con el hombre á quien debía su fortuna. La señora de Prie le hizo comprender que el primer ministro estaba cohibido por Fleury y que no podía disponer libremente de las gracias y de los empleos porque Fleury los obtenía todos del rey para sus amigos; díjole, además, que el señor Duque no podía ver nunca al rey á solas, pues Fleury asistía á todas sus entrevistas, y le suplicó que lograra para el príncipe audiencias particulares. Consintió en ello la reina y una noche en que el rey estaba con Fleury, le mandó recado suplicándole que fuese á sus habitaciones; fué el rey y encontró allí al señor Duque que, bajo diferentes pretextos, le habló de los negocios públicos. Fleury, entretanto, esperaba, y adivinando lo que se tramaba, al día siguiente escribió al rey que, puesto que sus servicios eran inútiles, se retiraba á sus tierras de Issy.

Luis XV ordenó inmediatamente al señor Duque que llamase al prelado, el cual, de regreso á Versalles y seguro de su autoridad, hizo ver al Duque y á la reina la necesidad de alejar á la señora de Prie. El señor Duque no se creía, sin embargo, en vísperas de caer en desgracia, pues Luis XV, aunque resuelto á prescindir de sus servicios, le trataba afablemente á fin de que nada sospechase. Pero el día 11 de junio de 1726 el rey, al partir para una cacería, dejó un billete en que lo desterraba á Chantilly, y encargó á su preceptor que entregase á María Leczinska otro billete concebido en estos términos: «Os ruego, señora, que hagáis todo cuanto de mi parte os diga el obispo de Frejús, como si yo mismo os lo dijera.» Aquellas determinaciones del rey hicieron derramar lágrimas á la reina.

Mientras se reformaba el ministerio, los París fueron desterrados y Du Verney se marchó á Champaña y fué muy poco después encerrado en la Bastilla; en cuanto á la señora de Prie, Maurepás le notificó que el rey la desterraba á Normandía, á su castillo de Courbepine, cerca de Bernay, dándole en su destierro «á su marido por compañía.» A pesar de que recibía á gentes cortesanas, como la señora de Deffand, su rival en belleza y en galanteos, de que daba bailes y representaba comedias, aburrióse allí horriblemente. Al poco tiempo cayó enferma y murió en 7 de octubre de 1727, cuando apenas contaba veintiocho años.